

Los dos se retiraron á la soledad desde sus tiernos años : los dos predicaron el bautismo de penitencia con las obras y con las palabras : los dos siguieron unas huellas casi del todo borradas, el Bautista de los Elías y Eliseos, Benito de los Pablos y Antonios : los dos animados de un mismo espíritu, llamados á un mismo ministerio, adornados de unas mismas gracias, haciendo patente la inconstancia del mundo, atrajeron los hombres al desierto, prepararon el camino del Señor. También podemos preguntar á los que iban á la cueva de Benito : ¿ qué venís á ver? ¿ Un profeta que descubre los mas secretos arcanos del corazón humano, y anticipa la noticia de los futuros mas contingentes? ¿ Un profeta, que dócil á la voz del Señor cumple fielmente sus órdenes? Un profeta? Mas que profeta, pues Benito no solo profetiza, sino que llena del espíritu de santidad y profecía á sus discípulos. Si á la voz del Bautista se commovió la Judea, como dice san Marcos (1), y todos los jerosolimitanos confesaron arrepentidos sus pecados, también á la voz de Benito se commovió toda la Italia, y se vieron los romanos arrepentidos.

Y aun parece que fué mayor la gloria de Benito, que la del Bautista ; pues en Judea entónces pacífica no impedia el estrépito de las armas que se oyera su voz. ¿ Pero cuál era el estado de la Italia al tiempo de Benito? La division la habia enflaquecido, la guerra la habia desolado, la herejía la habia corrompido, sus señores eran tiranos, sus pontífices estaban oprimidos, la idolatría aún respiraba bajo sus ruinas, y si el culto de los dioses se habia abolido, quedaban todavía las costumbres de los paganos. Los Godos, los Hunnos, los Erulos y los Vándalos habian llevado á aquel país de política y de religion la impiedad y la ignorancia. Roma por un justo juicio de Dios, era la presa y el despojo de tantas naciones bárbaras : aquella orgullosa ciudad, que en el tiempo de sus triunfos iba tomando, como escribe Salustio, los vicios de los pueblos que iba venciendo, en el tiempo de su esclavitud tomaba los vicios no ménos que las leyes de los vencedores. La injusticia, la crueldad, la incontinencia reinaban en aquella capital del mundo cristiano. O infeliz Italia! O infeliz Roma! Pero no, ¡ ó feliz provincia, que lograste que Benito te librara de la tiranía del demonio, y te conquistara

(1) *Marc. c. 1. v. 5.*

para el cielo! Á los impulsos de su celo se desaloja la idolatría, que estaba atrincherada á la falda de un monte, se derriban sus fortines ó sus templos, y se coloca en ellos el estandarte de la cruz. Incorpora en el rebaño de Jesucristo aquellas infelices ovejas, que, ó por la distancia del lugar, ó por el descuido de sus pastores, estaban abandonadas á la voracidad de los infernales lobos.

Benito poseído del espíritu de Pedro y Pablo, hizo segunda vez cristiana la Italia, y no solo cristiana, sino santa; porque arrancó de raíz todos los vicios, fecundó con la doctrina, cultivó con el ejemplo aquella tierra ántes árida y seca, y sembrando en ella la semilla de todas las virtudes, la transformó en un amenísimo paraíso, poblado de inocentes. Se vió en Italia la imágen de la primitiva Iglesia, se admiraron el fervor y las heroicidades de los primeros cristianos. Despobláronse las ciudades, pobláronse los desiertos. Desde los Alpes hasta el Abruzzo corrieron á porfía á tomar de Benito lecciones de piedad; unos para volverse á practicarla á sus casas, otros para quedarse en el desierto. Unos y otros, aunque por diferentes caminos, siguieron á Cristo, por influjo y respetos de Benito. De esta universal commocion de la Italia en seguir á Cristo, se puede con facilidad inferir el gran mérito y solicitud de Benito; pero mejor se percibe si fijamos la vista en aquellos que, llamados á mayor perfeccion, se quedaban en su compañía.

Al ver Benito que, favoreciendo Dios sus buenos deseos, reconocian los hombres sus yerros, y al considerar al mismo tiempo que la corrupcion del siglo provenia de la relajacion de la disciplina monástica : que ya no quedaban discípulos de los Antonios y de los Hilariones : que aunque se habian multiplicado los solitarios, se habia ya de las soledades alejado el fervor : que los monjes, como el mismo santo dice en el exordio de su regla, vagos, ociosos, disolutos, eran el escándalo de los seculares, y que ya el cielo benigno llovía sobre los montes de Italia los rocíos de la gracia, con que ántes se fecundaron tanto las campañas del Egipto y de la Palestina : tomó á su cargo la ardua y plausible empresa de establecer una religion monástica, que reformara juntamente los desiertos y las ciudades. Erigió desde luego doce monasterios, y de entre todos sus discípulos eligió doce, para que como los doce patriarcas de Israel, se pusieran al frente de aquellas doce tribus, siendo Benito el nuevo

Moises del cristianismo. Ilustrado de Dios, formó un nuevo decálogo, promulgó nuevas leyes, mas severas que las de Moises, pero mas bien observadas. En ellas prescribe un ayuno sin intermision, un eterno silencio, una contemplacion continua, una pobreza apostólica, una obediencia ciega, una humildad que se profundiza hasta la nada por aquellas doce gradas, que señala en su regla.

Al leer la regla de Benito estaba casi para creer, que aquel compendio de severísimos estatutos mas pudo servir de asunto á la meditacion que á la práctica; pero al leer el libro segundo de los Diálogos de san Gregorio, conocí que aun fué mas exacta la observancia de sus leyes que ellas mismas. ¿Con qué vehemencia reprendió Benito á aquel monje, que admitiendo un tan corto regalo como el de unos manteles, manifestó algun apego ó dominio de las cosas? ¿Cómo abrigas, le dijo, en tu pecho tan enorme maldad? ¿Con qué gravedad despidió de su presencia al otro monje, que dió entrada en su corazon á un pensamiento algo soberbio? ¿Con qué rigor castigó la lijereza del otro jovencito que salió del monasterio sin su licencia? Con la muerte. ¿Y os parece injusto este castigo? ¿Pues el cielo confirma su sentencia, mandando á la tierra que arroje aquel infeliz cadáver, hasta que tome la bendicion de Benito.

Con esta exactitud se observaban las leyes de la pobreza, de la humildad y de la obediencia: así se practicaban todas las virtudes en los monasterios de Benito, sin que por esto se retrajeran los hombres de seguir á Cristo bajo la conducta de Benito; porque dotado de una perfecta discrecion de espíritus, medía la carga con las fuerzas de sus súbditos, repartía el rigor y la templanza segun las reglas de su prudencia, alentaba á unos, reprendía á otros; con sus gracias y consuelos endulzaba los acíbares mismos de la penitencia; y porque finalmente el espíritu de Dios con una dichosa violencia arrebatava los hombres á los desiertos. Desde las márgenes del Tíber enviaron los Eutiquios y los Tertulos, cónsules y senadores de Roma, á los Mauros y á los Plácidos á la escuela de Benito. De todas las ciudades del occidente, los príncipes mas soberanos emanciparon sus hijos, para que adoptándolos Benito en hijos suyos, cual otro Abrahan sacrificara á Dios aquellos inocentes Isaagues en el monte Casino. Estas tiernas plantas crecieron tanto con el riego de la enseñanza de Benito, que trasplantadas des-

pues en otros países, llenaron toda la tierra de saludables frutos de penitencia.

Aquellos monasterios de Benito fueron las oficinas y las armerías, en que se labraron y conservaron las armas de la Iglesia: fueron las escuelas militares en que se instruyeron los mas insignes héroes y campeones del cristianismo. ¿En dónde aprendió Gregorio el Grande la virtud y las letras? ¿De dónde salieron los Bedas, los Ildefonsos, los Damianos, los Rupertos, los Anselmos, los infinitos santos doctores que han defendido é ilustrado la Iglesia con sus escritos, sino de los claustros de Benito? De tantos bárbaros enemigos de las letras y de la fe, que inundaron toda la Europa, ¿en dónde se conservaron los Libros sagrados, las obras de los Padres, sino en las bibliotecas de Benito? Por el trabajo de unos en copiar, y por el celo de otros en esconder, logra la Iglesia tener sagradas Biblias.

Á quién debió Inglaterra, ese reino ántes tan católico, y ahora por sus pecados sentina de herejía, ¿á quién debió las primeras luces de la fe, sino á san Agustín, monje Benito? ¿Quién fué el apóstol de Alemania sino san Bonifacio? ¿A quién reconocen la Bohemia, la Hungría y la Bolonia por su apóstol, sino á san Adalberto? ¿Quién fué el universal apóstol de todo el septentrion, sino san Anscario? ¿Á quién debieron España y Francia, ya que no la noticia de nuestra fe, al ménos la pureza de ella y de las costumbres, sino á los Ildefonsos y los Mauros, todos discípulos de la escuela de Benito? ¡O prodigioso santo, ó maravillosos saludables frutos de tu instituto! Al modo que Cristo, dividió Benito las provincias del orbe entre sus discípulos, para que predicaran en ellas el Evangelio. Todo el mundo es cristiano por Benito. Ya puede pues Benito decirle á Cristo: *Ecce nos secuti sumus te*. Ea, Señor, bien veis que no os sigo solo, sino que todos os siguen por mi respeto. Ya puede preguntarle sin arrojito: *Quid ergo erit nobis?* ¿Qué premio corresponde á mi trabajo? Que no se le negará la divina piedad, como veréis en mi

TERCERA PARTE.

A mas de la vida eterna ofrece la majestad de Cristo á los que le sigan, en premio de la fidelidad y de su celo, ciento por

uno de lo que dejan, *centuplum accipiet*. Y aunque san Gerónimo entienda, que esta recompensa se hace en bienes espirituales, con todo Casiano y otros santos padres se persuaden, que con una proporción posible se hace la recompensa en bienes temporales. Según esta doctrina, para conocer la liberalidad de Dios y la dicha de Benito, no será menester subir á los cielos á medir los inmensos grados de gloria y dones espirituales con que está adornada su alma: bastará registrar, no otros libros tal vez apócrifos, sino el libro segundo de los Diálogos del gran Gregorio; porque si en solo este sagrado libro, aunque no siempre he alegado sus testimonios, por no abultar y gravaros con latines, he encontrado pruebas auténticas de la fidelidad y celo de Benito, ahí mismo hallaré señas evidentes de su mayor gloria en este mundo.

La primera que se ofrece á la vista es el haber formado el elogio de Benito el gran Gregorio, aquel Gregorio digo, primer lumbrera de la Iglesia, veneración de todos los siglos, vicario de Jesucristo, oráculo de la Divinidad. ¿La misma boca que pronuncia los decretos del cielo, publica las alabanzas de Benito? ¿O dicha de Benito, mayor sin comparación que la que logró Aquiles en haber tenido un Homero que celebrara sus hazañas: mucho mas digna de que la envidiara el gran Alejandro, porque las alabanzas de Aquiles en la boca de Homero quedan expuestas á la sospecha de mentira ó de lisonja; pero no las de Benito en la boca de Gregorio, que canoniza todo lo que alaba. Habiendo sido Benito el asunto de la elocuencia de Gregorio, cuando parece que por su respeto debían enmudecer todos, veo que no ha habido padre en la Iglesia que no se haya hecho lenguas en alabanza de Benito. Contaron sus glorias un san Bernardo, un san Beda, un san Bruno, un san Pedro Damiano, un san Odon, un santo Tomas de Aquino, un sinnúmero de santos y elocuentes varones.

Con estas ventajas, con este ciento por uno recompensó Dios despues de la muerte de nuestro santo la humildad con que en esta vida huyó de los aplausos; y en todo lo demas fué igualmente liberal la divina Omnipotencia. Si dejó Benito en el mundo las dignidades eclesiásticas y las honras seculares debidas á sus talentos, virtud é ilustre nacimiento, le constituyó Dios en recompensa superior, le hizo venerable á los mayores príncipes de la Iglesia y monarcas del mundo: *Glo-*

rificavit illum in conspectu regum (1). ¿No se vieron ir los mas santos y doctos prelados á tomar las instrucciones y consejos de este solitario? ¿No se vió aquel famoso rey de los Godos, azote del imperio romano, que puesto al frente de un ejército de doscientos mil hombres ó fieras, llevaba por vanguardia el terror y el espanto, dejaba por retaguardia la desolación y la sangre, no se vió, digo, Tótila, bárbaro, fiero, inhumano, prostrado á los piés de Benito? ¿Se atrevió á levantarse del suelo, hasta que nuestro santo le tomó de la mano para reprenderle sus crueldades, y presijarle el término á sus grandezas y tiranías?

Y si aun os parece corta gloria el ser Benito venerado de los hombres, os puedo añadir, que al imperio de su voz brotan cristales las peñas, que son sus mensajeros los cuervos, que se consolidan las aguas, que el vidrio es bronce, que son peces los hierros, que le huyen los demonios, que ceden las enfermedades, que le obedecen los muertos, que se trastornan los elementos y la naturaleza: puedo deciros, que Benito es el Moises, el Elías, el Eliseo, el Pedro, el vice-Cristo, el santo de los santos; pues está poseído, como dice Gregorio, del espíritu de todos: *Spiritu justorum omnium plenus fuit*. Ya parece que no pudieron recaer en Benito ni mas gracias, ni mas glorias: ya parece que tiene toda la recompensa debida á su fidelidad y á su celo en seguir á Cristo; pero no, que el Omnipotente, ingeniosamente liberal, haciéndose cargo que Benito por el voto de religion le sacrificó su voluntad, quiso en recompensa sujetarle la voluntad de millares de religiosos, súbditos suyos.

Para mayor gloria y dicha de su patriarca, escogió Dios el órden de Benito para campo de su omnipotencia y liberalidad. Ya se me representa esta religion esclarecida como la viña del Evangelio, cuyos vástagos se extienden de mar á mar. Ya parece que veo en cincuenta y un mil monasterios de religiosos, y quince mil de religiosas, igual número de hijos de Benito al de los descendientes de Abrahan, esto es, al de las estrellas del cielo y arenas del mar. Ya se me propone á la vista como un majestuoso palacio habitado de emperadores, emperatrices, reyes, reinas, y de los príncipes mas soberanos del mundo. Ya se me representa como una sagrada fábrica que estriba sobre

(1) *Sap. c. 11.*

la piedra fundamental de Benito, tan excelsa, que llega á equivocarse con el suntuoso edificio de la Iglesia, fundado, como dice san Pablo, sobre la piedra angular Cristo; pues llegó tiempo en que fueron unos mismos los sucesores del báculo de Benito y de las llaves de Pedro. Mas de cuarenta pontífices, mas de doscientos cardenales, mas de seiscientos arzobispos, mas de cuatro mil obispos, salieron de los claustros de Benito, no tanto á gobernar como á ilustrar la Iglesia de Cristo. Llegó tiempo en que toda la santidad de la Iglesia estuvo casi reducida á los claustros de Benito. Entre mártires, vírgenes y confesores se cuentan cincuenta y cinco mil santos, y se difundió tanto la santidad en los claustros de Benito, que hubo la santa Sede de promulgar un decreto, que no se tratara ya de cano- nizar á otros, como dando á entender, que si fuera agotable el infinito tesoro de la sangre de Jesucristo, era de temer no le agotaran los hijos de Benito. Pueden estos con razon clamar: *Filii sanctorum sumus*, somos hijos de los santos, se nos debe por herencia la santidad.

No pudo Dios ser ménos misericordioso con los hijos de Benito á vista del mérito de su gran padre: ni pueden dejar de ser santos los hijos de Benito, si no malogran los ejemplos de virtud, los santos documentos que les dejó en su vida y en su estatuto. Hidrópico se confesaba Gregorio el Grande, y con una sed insaciable de contemplar las virtudes de Benito: *Quanto plus bibo, eo sitio*: porque en esta fuente encontraba el espíritu la mayor dulzura. Tal vez habrán desmerecido estas aguas por haber pasado por mi impura lengua: tal vez, aunque he sido tan prolijo, no se habrán inflamado vuestros corazones por la tibieza de mi espíritu. Pero no, no atendais, Señores, al conducto, atended á las eficaces y suaves voces de Benito, que nos llama á su imitacion, nos exhorta á que sigamos á la Majestad de Cristo, á que abracemos la penitencia y la pureza, que mortifiquemos los sentidos, que huyamos las profanidades y las ocasiones, para que de esta suerte merezcamos su patrocinio, y el premio de la gloria, que os deseo. Amén.

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN BENITO ABAD.

(DE TRONCOSO.)

Eris quasi hortus irriguus, et sicut fons aquarum cujus non deficient aque. Et edificabuntur in te deserta sæculorum. Fundamenta generationis et generationis suscitabis, et vocaberis edificator sepium, avertens semitas in quietem.

Serás como huerto bien regado y como manantial perenne cuyas aguas jamás faltarán. Los lugares desiertos desde muchísimos tiempos serán por ti poblados; alzarás los cimientos que han de durar de generacion en generacion; y te llamarán el restaurador de los muros, y el que hace seguros los caminos.

Isaïæ, c. 58, vv. 11 y 12.

Una de las mas importantes instituciones sobre que la iglesia católica se ha apoyado para obrar el bien en el mundo, es sin disputa la de los diversos órdenes religiosos. El profeta Elías huyendo en otro tiempo de la corrupcion de Israel, parece haber sido el modelo de tantos anacoretas que despreciando el lujo y la molicie de las grandes ciudades, se sepultaron en los desiertos para pasar allí sus días en continua comunicacion con Dios. El mismo Jesucristo se retiraba frecuentemente del mundo, para ir á orar á la soledad. San Juan Bautista habitó siempre en sitios poco frecuentados, y se alimentaba de miel salvaje y de langostas. Los Terapeutas establecieron en Egipto cerca del lago llamado Moeris; y mas tarde los Pablos, Antonios, Pacomios é Hilariones, poblaron de discípulos los desiertos de la Tebaida. Todo el oriente estaba lleno de varones no ménos ilustres por sus virtudes austeras que por sus edificativos ejemplos. Pero la huesuda mano del tiempo que todo lo aniquila y destruye, llegó al fin á entibiar el primitivo fervor de aquellos solitarios asilos; ya no se percibian